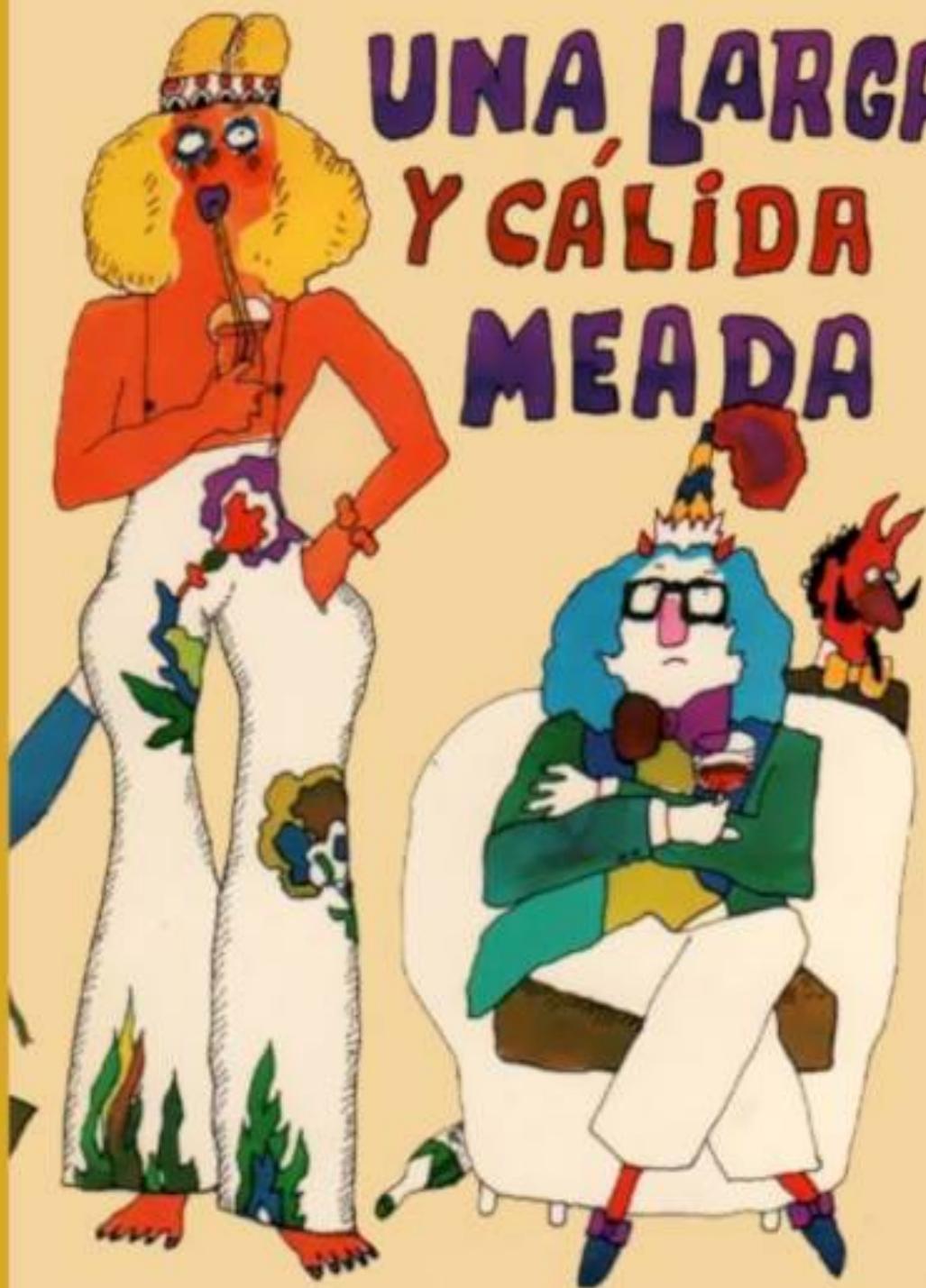


ÁLVARO DE LAIGLESIA

UNA LARGA
Y CÁLIDA
MEADA



El mayor elogio que corresponde a este libro de Álvaro de Laiglesia, libro progresivo en número y calidad, es que en nada desmerece de los anteriores. Como el propio autor dice con acierto en el epílogo, «cada obra es sólo un pedazo ascendente».

En las narraciones que integran el presente libro no hay el menor desperdicio: la variedad es indiscutible y muchos temas candentes y actuales son flagelados risueñamente con la maestría y resuelta discreción que Álvaro de Laiglesia imprime, cada vez con mayor firmeza, a cuanto él escribe y los lectores saborean.

Glosario

El mayor elogio que corresponde a este libro de Álvaro de Laiglesia, libro progresivo en número y calidad, es que en nada desmerece de los anteriores. Como el propio autor dice con acierto en el epílogo, «cada obra es sólo un pedazo ascendente».

Unas veinticinco novelitas constituyen esta nueva aportación del famoso escritor, que con su clara y exacta prosa ha logrado lugar preeminente en la literatura española contemporánea. Sus abundantes rasgos humorísticos siempre logran hallar y satirizar el punto débil de los asuntos actuales, aun los que aparentan mayor invulnerabilidad. La originalidad y precisión de los títulos, patentes en todas sus obras, así como la buida intención con que logra ridiculizar los acontecimientos de más severo aspecto, justifica sobradamente la prioridad del autor entre los cultivadores del mismo género literario.

En las narraciones que integran el presente libro no hay el menor desperdicio: la variedad es indiscutible y muchos temas candentes y actuales son flagelados risueñamente con la maestría y resuelta discreción que Álvaro de Laiglesia imprime, cada vez con mayor firmeza, a cuanto él escribe y los lectores saborean.

Una larga y cálida meada

—Sí, CLARO, TIENES RAZÓN... Sí, claro, tienes razón...

Éstos son los respetuosos incisos que Carlos intercala, cuando puede, en el monólogo de Julián. Incisos que dan al monólogo cierta apariencia de diálogo. Porque Julián es demasiado importante para dialogar verdaderamente con alguien. Y menos aún con Carlos, que al fin y al cabo no es nadie. Sólo un subalterno. Distinguido desde luego, ya que ocupa un alto cargo en J.A.S.A., pero subalterno puesto que J.A.S.A. es la poderosa Sociedad Anónima de Julián Aristigueta. Carlos Mena, por lo tanto, no tiene más remedio que estar de acuerdo con todo lo que dice el presidente de la sociedad en que se gana muy bien la vida.

—Sí, claro, tienes razón... —sigue repitiendo de cuando en cuando, pues jamás osaría contradecir al Gran Jefe. Y menos aún en esta Nochevieja, primera vez que Julián se ha dignado invitar al matrimonio Mena.

A mil duros por barba sale la invitación en el Chau-Chau (cena con ostras, langosta, champaña, cotillón, uvas de la suerte), y la mesa no es sólo la mayor, sino también la mejor situada del local.

Para Carlos y Laurita, su mujer, ésta ha sido la noche cumbre de sus vidas. ¡Figurar entre los invitados de Julián Aristigueta! ¡Sentarse a cenar y a divertirse con la plana mayor de J.A.S.A.! Es la culminación laboral y la consecración social. Y para colmo de satisfacciones, en la larga y forzosa juerga que sigue a la toma de las uvas, Julián le hace a Carlos el gran honor de explicarle uno de sus proyectos: la ampliación de la sociedad que piensa poner en marcha durante el año que acaba de nacer.

—Porque tú sabes, querido Carlos, que el capital español es cobarde ante las inversiones audaces.

—Sí, claro, tienes razón.

—A fuerza de decir a los extranjeros «¡que inviertan ellos!», nos estamos convirtiendo en una colonia de las grandes industrias mundiales. Pero J.A.S.A. es una empresa netamente española que puede ofrecer al inversor nacional la garantía de sus exportaciones a los mercados europeos y americanos...

—Sí, claro, tienes razón.

Carlos, en realidad, no le escucha atentamente. No es muy necesario puesto que Julián hará lo que le dé la gana, no faltaba más; para algo es el dueño de J.A.S.A. y el que no esté conforme con sus decisiones que se largue. Basta con decirle que tiene razón, como hacen todos los altos empleados de la empresa que quieren conservar sus puestos. Además, Julián está un poco borracho a aquella hora —esta noche es Nochevieja, hay que celebrarlo— y no se fija demasiado en la atención que le presta el receptor de su rollo.

Carlos puede seguir diciendo «sí, claro» sin dejar de fijarse en lo que ocurre alrededor:

Sobre la mesa siguen cayendo confetis y serpentinas, hay tozudos del cotillón que no se han cansado todavía; mírales qué graciosos, ya no puede beberse el champaña de ninguna copa sin tragarse algunos papelillos.

Laurita, sentada entre los señores Boada y Ayuso, está muy contenta también. Su traje de *lamé* sin hombreras resplandece entre esos dos viejos verdes, que miran de reojo al escote por si algo se escapa en un movimiento brusco. Tanto el señor Boada como el señor Ayuso, consejeros valiosos de J.A.S.A. por las acciones que poseen y no por los consejos que dan, parecen encantados con el ascenso del matrimonio Mena a la plana mayor de la empresa.

—Esto es lo que necesitamos —dicen los dos con entusiasmo—: parejas jóvenes.

Y al decirlo, curiosa coincidencia, no quitan ojo a los dos pechos de Laurita, que pugnan por asomarse al balcón de *lamé*. Pero por desgracia, como el traje está bien estudiado, no caerá esa teta.

Laurita es, sin duda, la mujer más guapa de la mesa costeada por Julián. Lo piensa Carlos con objetividad y orgullo después de examinar a todas las invitadas. Pasa por alto en el examen a las señoras de Boada y Ayuso, dos viejorras teñidas y peripuestas que están ya lejos de poder entrar en la comparación. Sólo se detiene en Fefa Canales, esposa del administrador general, que es casi tan joven como Laurita. Pero mucho más basta, dónde va a parar, y mucho más gorda.

Decididamente, la belleza de Laurita no tiene competencia en las altas esferas de J.A.S.A.

Eclipsa incluso a la Primera Dama, Katy de Aristigueta, guapísima cuando se casó con Julián, pero de eso hace ya bastantes años. Y esos bastantes años, unidos a un hígado pachucho que nunca le funcionó del todo bien, han hecho los estragos que pueden verse en Katy de Aristigueta, de soltera Catalina Díaz, que preside esta noche la mesa desde la cabecera opuesta a la que ocupa su marido.

Fíjate, por Dios, en las bolsas que tiene Katy debajo de los ojos, pobrecilla, y qué arrugas de tortuga tanto en la papada como en el cuello, creará que puede disimularlas con ese collar de brillantes, pues no, es inexplicable que teniendo tanto dinero no se haya hecho un *lifting*, o dos, porque con un solo *lifting* no bastaría para estirarle tantísimo pellejo.

Poco queda ya en Katy de aquella Catalina Díaz que estaba como un tren, con la que Julián se casó no por guapo sino por rico. J.A.S.A. ya existía y se forraba desde que la fundó su padre, que también se llamaba Julián y entendió a las mil maravillas los enjuagues de la chatarra en la posguerra.

Carlos decide que no hay color entre la mujer del Gran Jefe y la suya. Admite que Katy es más distinguida; naturalmente, su vestido es del mismísimo Dior y el *lamé* de Laurita brilla demasiado. Pero la distinción se adquiere con el tiempo y el dinero. Tiempo tiene Laurita, que es una doceña de años más joven, y dinero lo tendrá también gracias a Carlos, que está haciendo un carrerón dentro de la empresa. Ha trabajado como un burro, eso sí, porque no es fácil ascender desde encargado de almacén hasta segundo jefe de ventas, pero valía la pena, ¡vaya si valía!: ha logrado entrar en esa *élite* de hombres de confianza que tienen despacho en la planta principal del edificio J.A.S.A., y que tutean al amo cuando el amo se digna dirigirles la palabra.

—Sí, claro, tienes razón.

—Con la prima a nuestras exportaciones, podremos competir en precios con los países del Mercado Común. Y esa prima la conseguiré del Estado, que es un primo al que es fácil convencerle de que haga primadas.

Carlos considera oportuno celebrar la tosca ingeniosidad del Gran Jefe con una risita aduladora, mientras observa que su mujer bebe de una copa que le ofrece el señor Boada. Laurita está bebiendo demasiado, no cabe duda, pero un día es un día, ¡qué demonio!, y la ocasión merece excederse un poco en la euforia.

¿Quién le iba a decir a Laura Gómez, dependienta de Almacenes Laganga, que al casarse con el insignificante Carlitos Mena iba a convertirse en dama de la alta sociedad industrial? Porque en eso se ha convertido esta noche, sentada entre magnates de la industria siderúrgica. ¡Si su madre, la viuda de Gómez, pudiera verla ahora, atendida y cortejada por los paquetes de acciones más gordos de J.A.S.A.!

Pero la viuda de Gómez ya no podrá ver a su querida Laurita, ni ahora ni nunca, pues su querida Laurita se avergüenza de tener una madre impresentable, tan pueblerina como analfabeta. Y a cambio de la promesa de que su ma-

dre jamás se presentará en Madrid, la hija le manda todos los meses algún dinero al pueblo.

El haberle librado de una suegra cateta, lastre pesadísimo para ascender en la escala social, es otro motivo para que Carlos se sienta orgulloso de su mujercita. Laura ha sido siempre una colaboradora muy eficaz, le ha sostenido e incluso le ha empujado en su carrera. Viéndola ahora resplandecer en su funda de *lamé*, Carlos recuerda un año ya lejano, el más difícil de todos, en el que ella tuvo que improvisarse su primer traje de noche con la colcha de la cama matrimonial. E incluso estuvo mona con aquella birria de traje.

Ahora es el señor Ayuso el que llena la copa de Laurita, que vuelve a beber y a escupir riendo los confetis flotantes en el champaña.

Arturo Canales, más esbelto y menos basto que Fefa, su mujer, invita a bailar a Katy. Pero la Primera Dama rehúsa. Está cansada y no tiene buen color. Las luces del Chau-Chau, combinadas con su insuficiencia hepática, dan a su piel una tonalidad verde-rana muy poco favorecedora. A cierta edad y con mala salud, el cutis, de madrugada, acusa el cansancio. Pero hay que sostener el tipo cuando se es la señora de Aristigueta y se preside la mesa, incluso hay que sonreír cuando alguno de los invitados, «para que la fiesta no decaiga», se pone un gorrito de turco, o de bruja, y le atiza un soplido estridente a una trompeta de cartón.

Carlos observa complacido que, a medida que avanza la noche, se acentúa el triunfo de Laurita. Mientras todas las mujeres se desinflan y se van apagando poco a poco, ella se enciende cada vez más: otro sorbo de champaña, otro chiste subido de color; no se forje ilusiones, señor Ayuso, que el vestido de *lamé* está bien sujeto y los pechos no tienen escapatoria; ¿nadie quiere bailar?, ¡la noche es joven!...

La orquesta toca cada vez con más fuerza para despabilar a los que empiezan a tener ganas de dormir. Fefa Canales promete que bailará una rumbita gitana con el jefe del

gabinete jurídico de J.A.S.A., un abogado que se apellida Peludo y que además lo es.

A Carlos no se le sube el champaña a la cabeza, pero se le baja a la vejiga. Ya la tenía bastante llena cuando Julián empezó a soltarle el rollo, pero el rollo se alarga porque los borrachos no saben abreviar y repiten varias veces las mismas cosas.

Llega un momento en que Carlos tiene que hacer un gran esfuerzo para mantener cerrado el esfínter correspondiente. ¡Madre mía, ya no puedo más, si no salgo zumbando voy a reventar!

—Perdóname un instante —se atreve a decir por fin interrumpiendo al Gran Jefe; es una impertinencia, desde luego, pero no hay otra solución.

Y Carlos sale disparado en busca de los servicios. Ha optado ante Julián por el mal menor: dejarle con la palabra en la boca, en lugar de soltarle una meada en los zapatos.

Ahora tiene que darse prisa en encontrar los servicios, ya que estuvo aguantándose hasta un límite peligroso. Un camarero le indica que al fondo, bajando una escalera, y hacia allí se dirige sorteando los obstáculos del local abarrotado: mesas, sillas, parejas que se dirigen a la pista de baile o que vuelven de ella...

Llega por fin al fondo, y se lanza a tumba abierta por la escalera que le indicaron. Tampoco allí hay mucha luz. Tropezó al iniciar el descenso con la mujer encargada de los lavabos, que sube y ayuda a subir a una señorita bastante trompa.

—Apóyese en mí —dice la encargada a la cliente, que se ha tambaleado al tropezar con Carlos—. Y ahora lo mejor que puede hacer es irse a casa...

Carlos tiene demasiada prisa para pararse a dar excusas por el tropezón; baja veloz los peldaños que le faltan, y al llegar al pie de la escalera se mete a toda marcha por la primera puerta que encuentra abierta. Allí ve varias puerte-

cillas iguales, y sin tiempo para más abre la que le pilla más cerca. ¡Suerte ha tenido de que ese retrete estuviera libre!

Muy pocos segundos después, va cesando su angustiada presión interior y se nota invadido por el bienestar que todos hemos experimentado en análoga circunstancia.

A punto está de concluir su larga y cálida meada, cuando sufre un sobresalto que le obliga a interrumpirla: unas voces de mujer acaban de entrar en el recinto de los servicios, obligándole a cerrar precipitadamente la puertecilla del compartimiento que él ocupa.

Carlos comprende entonces, demasiado tarde, que la urgencia de su necesidad le ha hecho meterse por error en la sección «Señoras».

—Algunas están ya que no se tienen de pie —comenta la encargada—. Acabo de subir a una que estaba casi «grogui».

—Estas noches, ya se sabe —replica otra voz de mujer—. Hay también cada patoso... Fíjese cómo me ha puesto uno el vestido, al tropezar en la mesa y volcar las copas.

—Frote la mancha con agua caliente antes de que se seque. Si es güisqui o ginebra, saldrá. Pero si es champaña o «chartrés», como tienen azúcar...

Entran dos señoras más, una a soltar su pipí y la otra a ver si la encargada puede coserle una hombrera del sostén. Hay ansiosos que en los agarramientos del baile...

—No tengo hilo ni tiempo para cosicajos. Si se apaña con un imperdible...

Se apañará, ¡qué remedio!

—¡Hola, Tina! —saluda la del pipí a la del vestido manchado—. Venid a nuestra mesa, a ver si animáis al aburrido de Gerardo, que quiere irse. ¡Irse ahora, figúrate, con la animación que hay!...

—¿Quiere toallita? —ofrece la encargada a otra señora que acaba de entrar.

Hasta los oídos de Carlos, encerrado y azorado, llegan nítidamente todas las voces. No sólo porque la puerta de

su celdilla es delgaducha, sino porque los tabiques que la separan de los otros inodoros no llegan al techo. Percibe por lo tanto no sólo las voces, sino otros sonidos más azorantes y propios del lugar: roces de telas en los compartimientos vecinos, rumores acuáticos diversos, en chorrillo, en cascada, gorgoteos de grifos, de cisternas...

A Carlos, que siempre fue tímido, verse atrapado en situación tan insólita le multiplica la timidez. Incapaz de afrontar el escándalo que provocaría el descubrimiento de su presencia allí (gritos de señoras histéricas, acusación de maniático sexual, comisaría, proceso, vaya usted a saber), opta por quedarse encerrado e inadvertido en espera de que el lugar se despeje y pueda huir sin ser visto.

Pero cuando unas señoras se van, otras vienen. Un gracioso diría que no cesa el vaivén de la «pipitoria».

Y sigue oyendo conversaciones:

—... el muy imprudente, como tiene dos copas de más, me ha sacado a bailar tres veces. Menos mal que mi marido también está bastante chufa y no se ha dado cuenta...

—¿Quiere toallita?

—Necesito un peine. ¡Fíjate qué pelos tengo por culpa de Octavio, que me puso a la fuerza ese maldito gorro de cartón! ¡Toda la tarde en la peluquería, para que te chafen el peinado en un santiamén!...

—Será la moda, chica, pero a mí no me van las uñas verdes, ni negras, ni de color chocolate. Esos colorines hacen muy putita.

—Por eso lo hago yo, ricura. Como las decentes no estamos de moda...

Con las conversaciones, llegan también hasta Carlos vaharadas de distintos perfumes. Si no estuviera tan tenso y preocupado por la ridícula situación en que se encuentra, con las voces que oye y las fragancias que percibe podría deducir con bastante exactitud la personalidad de las distintas usuarias del «pipi-room»:

Hay voces y perfumes elegantes, cursis, horteras, sosainas, espectaculares, fatales, gilipollas... Estas dos señoras que acaban de entrar, por ejemplo, sin necesidad de verlas, sólo con oírlas y olerlas, se adivina que son dos viejas ricas: voces algo cascadas pero mandonas, seguras de sí mismas, fragancias caras, densas, casi empalagosas.

—Ya está bien, ¿no te parece? —dice una—. Yo no aguanto más.

—Haz un esfuerzo, mujer —replica la otra—. No podemos hacer este desaire.

—El desaire nos lo han hecho a nosotras. Y si siguen bebiendo, van a dar un espectáculo que nos dejará más desairadas todavía. Pero la culpa no es de ellos, sino de Julián. Por haber invitado a esa gente.

La alusión a Julián confirma la sospecha auditiva de Carlos: esas dos ancianas ricas que se lavan las manos y se empolvan las narices en el tocador, son las señoras de Boada y Ayuso.

—Esa gente, como tú la llamas, es más importante de lo que supones. ¡Mucho más importante!

—¿Sí? Pues a mí me la han presentado esta noche. No conocía a ninguno de los dos.

—Y es posible que no vuelvas a verlos en lo futuro. Acaban de alcanzar su máxima importancia, pero desaparecerán del firmamento como estrellas fugaces.

—¿Quieres decir que son...?

—Exactamente: las víctimas que cargarán con la culpa del nuevo chanchullo.

—¿De cuál de ellos? Porque están preparando tres o cuatro.

—Del más gordo: el de las exportaciones. Al marido le acaban de ascender a un puesto de confianza, para poder acusarle de haber abusado de ella.

—¿De quién?

—De la confianza. Según Julián, que se las sabe todas, hay casos como éste en que es indispensable sacrificar a un

hombre para salvar a una empresa. Sutilezas de los negocios modernos, ¿comprendes?

—¿Y es también una sutileza de este negocio que nuestros maridos tengan que coquetear con la mujer toda la noche?

—Por si acaso aguántate, como me aguanto yo. Al fin y al cabo, todo el mundo hace tonterías en Nochevieja. Y más vale dejarlos tontear con esa descarada que desairar a Julián marchándonos a casa...

Varias señoritas que acaban de entrar (risas juveniles, alegres tarareos, alguna palabrota, olor a colonias ligeras y frescas) impiden a Carlos oír lo que siguen diciendo las viejas hasta que abandonan los servicios.

—... me invita a su apartamento, ¡y podría ser mi padre!

—Mientras no lo sea, ¿qué más te da?

—... le dije que soy virgo.

—¡Los hay ingenuos, macha!...

Las recién llegadas siguen hablando, riendo, meando, pero Carlos ya no las escucha. Tiene de pronto la sensación de haber descubierto algo grave, aunque todavía no puede precisar con exactitud los contornos de su descubrimiento. También él ha bebido, su lucidez está mermada por el alcohol y por lo grotesco que se encuentra allí encerrado, pero no está tan borracho ni tan cohibido como para no captar que las viejas han dicho algo importante. Baja la tapa del inodoro y se sienta en ella a repasar lo que dijeron:

«Nuevo chanchullo»... «víctimas que cargarán con la culpa»...

Sí, sí: ésas fueron sus palabras casi exactas. Recuerda también que la señora de Boada citó una frase de Julián Aristigueta:

«Sacrificar a un hombre para salvar a una empresa»... «a un hombre de confianza»...

Se perfila el contorno de lo que acaba de descubrir, y Carlos empieza a temblar. ¿No hablaron de un marido que acaba de ascender? ¡Dios mío!... ¡No es posible!... Porque

el ascenso de Carlos es muy reciente, de acuerdo, pero él ha ascendido por méritos propios. Méritos indudables e indiscutibles. Se ha ganado a pulso un puesto en la cumbre. Prueba de ello es que los jefarcas más altos de J.A.S.A., todos sin excepción, confían en él. Hasta el punto que, dentro de la empresa, le dan más categoría de la que en realidad tiene: oficialmente sólo es segundo jefe de ventas, y sin embargo le han hecho el honor de permitirle firmar documentos muy importantes. Como si él fuera el jefazo supremo. ¿No son esas firmas la más clara demostración de que J.A.S.A. le considera un hombre de confianza...?

Al llegar a este punto de su razonamiento, Carlos Mena palidece y empieza a encontrarse mal. Cada vez peor. Se le va la cabeza y tiene que sujetársela con las dos manos. Las piezas del *puzzle*, o del damero maldito, o del problema de palabras cruzadas («chanchullo», «víctima», «ascendido») van encajando en el casillero y ofreciéndole una solución aterradora.

Trata de pensar que no puede ser, que está equivocado, que J.A.S.A. es una gran empresa solvente y seria, que sería mucha casualidad... Pero siguen apareciendo piezas, letras, palabras que también encajan: Boada y Ayuso han bebido y coqueteado con la esposa del hombre destinado al sacrificio... ¡Laurita!... ¡La ingenua y encantadora Laurita, que está pasando la noche mejor de toda su vida!...

Carlos se levanta tambaleándose. Tiene que salir de allí. Tiene que hacer algo, aunque aún no sabe qué. Tiene que afrontar de algún modo ese peligro que le amenaza. Lo de menos es que unas cuantas mujeres le vean salir de su escondite y le tomen por un *voyeur* vicioso o un *sexómano*. Además, el grupito de «pipitorias» jóvenes ya abandonó los servicios. Es posible que, en ese momento, sólo le vea salir la encargada de las toallitas.

Carlos alarga la mano para recorrer el pestillo de la puerta, pero no llega a hacerlo: oye que dos nuevas clien-